

LAS CULTURAS DEL MEDITERRÁNEO

Universidad Carlos III de Madrid

Profesor: Dr. D. Alfredo López Serrano

LOS FENICIOS

El relevo de la talasocracia creto-micénica se produjo en el Mediterráneo casi sin solución de continuidad después de las convulsiones provocadas por las invasiones dorias y el movimiento de los “pueblos del mar”. Los fenicios, o *phoeniki* (“rojos” en griego), fueron sus protagonistas.



Habitantes de la estrecha franja de terreno que media entre el Mediterráneo oriental y los montes del Líbano, estos navegantes dominaron un mar que los latinos, antes de llamarlo *Mare nostrum*, denominaron *Tyria maria*, es decir, mar tirio, o sea, fenicio. “Estrella fenicia” se llamó todavía en la Edad Media a la Estrella Polar, punto de orientación fundamental de los navegantes.

El origen de los fenicios

La costa este del Mediterráneo fue siempre, desde antes del neolítico, una región estratégica muy cotizada debido a situarse en un lugar de encuentro natural (no siempre pacífico) entre comunidades de agricultores y pastores. Al generarse los grandes Estados teocráticos en Egipto y Mesopotamia, la zona reforzó su potencial estratégico y sirvió como puente y, a veces, muro de contención de sus afanes expansionistas.

Sobre su original población neolítica se superpusieron numerosos pueblos a lo largo del cuarto y tercer milenio a. C., mayoritariamente semitas, procedentes de los desiertos de Arabia y la península del Sinaí. Una primera oleada, hacia el 3500 a. C. fue la de los cananeos, que dieron nombre a la región (Canaán, del egipcio Kinan = rojo), denominación con la que los fenicios se reconocían a sí mismos. Sin embargo, hubo otras marejadas humanas, en un flujo casi constante desde las zonas desérticas y semidesérticas, verdaderas canteras demográficas, donde las duras condiciones de vida lanzan periódicamente a sus pobladores hacia territorios más habitables, bien como un goteo pacífico o bien como avalanchas invasoras. Otro de estos componentes pudo ser el pueblo himyarita, procedente de las costas de Arabia bañadas por el mar Rojo. Himyar significa rojo en árabe antiguo, curiosamente el mismo color que sistemáticamente designará a los fenicios.

A mediados del segundo milenio encontramos en Canaán una civilización que ya puede considerarse un antecedente directo de los fenicios. Es Ugarit, una ciudad relacionada comercialmente con Creta, Egipto y Mesopotamia, donde ya se adoraba a Baal, el dios solar primordial de los fenicios. En sus restos se ha encontrado por primera vez un alfabeto, formado por treinta caracteres cuneiformes, si bien utilizados de forma completamente diferente a como se hizo en Summer. Aunque en otros lugares no lejanos se habían producido aproximaciones pre-alfabéticas (inscripciones protosinaíticas, escritos pseudo-jeroglíficos de Biblos), será Ugarit el antecedente directo de la idea del alfabeto que los fenicios tomarán y difundirán por el Mediterráneo. Ugarit terminará sometida a los hititas y, finalmente destruida por los “pueblos del mar”.

Algo más al sur, Biblos explotará su cercanía a los bosques de cedro y se convertirá, durante todo el segundo milenio a.C. en un importante centro exportador de esta madera a Egipto. A cambio, los comerciantes de Biblos obtendrán, entre otras preciadas mercancías, papiro para la escritura de documentos (de donde deriva su nombre griego: biblos = libro) que sería reexportado por el Mediterráneo oriental proporcionando grandes beneficios a los cananeos. Su riqueza material llegó a ser tal que algunos historiadores apuntan que cananeos pudieron ser los hicsos, que ocuparon el poder en buena parte de Egipto durante más de dos siglos. Las nuevas dinastías egipcias volverían a recuperar su influencia en estas regiones, pero siempre en disputa con otras potencias, y los cananeos tuvieron que aprender a sobrevivir con la amenaza o los tributos que habían de pagar a sus poderosos vecinos, los hititas o los asirios.

Sin embargo, la formación de la identidad fenicia propiamente dicha proviene de las convulsiones que caracterizaron el siglo XII antes de nuestra era, que afectaron de forma decisiva a los cananeos.

Por el norte, la oleada de los pueblos del mar destruyó el reino hitita y desplazó al sur a pueblos como los arameos, también semitas, que irrumpieron en Canaán y redujeron a sus habitantes a la delgada franja litoral del Líbano. Por el sur y el interior entraron los hebreos, después de un largo peregrinaje desde Egipto por el Sinaí, arrinconando a los cananeos aún más. Y para colmo de males, por el Oeste, es decir, por el Mediterráneo, arribaron algunos de estos “pueblos del mar”, y de entre ellos los filisteos se establecieron en la costa sur.

Aquella situación, aparentemente desesperada, obligará a formar la nueva identidad cananea o fenicia, vinculándola estrechamente al mar: los antiguos nómadas del desierto, acostumbrados al intercambio para sobrevivir, serán ahora nómadas navegantes y expertos comerciantes. No basarán su poderío en el dominio de tierras, sino en el arte de marear y de tejer en torno al mar una tupida red en donde sabrán encontrar una riqueza inmensa para un pueblo supuestamente tan débil.

A partir de 1200 a.C. y hasta la conquista de Tiro por Alejandro Magno en -332 podemos hablar propiamente de fenicios, reservando el término cartagineses o púnicos (derivado también de *phoiniki*) para los habitantes de su colonia Cartago, fundada en 812 a.C. y hegemónica en el Mediterráneo occidental desde el siglo VI hasta su caída ante Roma a finales del siglo III y destruida por completo en -146 a. C.

Los inventos de un pueblo de comerciantes

Cartago fue el mayor intento de los fenicios de formar un gran Estado, lo que era más bien una excepción en la historia fenicia. Sus principales ciudades, Biblos, Sidón, Tiro, Arados, Beirut,... se consideraron siempre independientes, y aunque no puede negarse la evidencia de cierta primacía de Sidón y, después, de Tiro, nunca llegaron a formar ni siquiera una confederación. Todas eran monarquías de carácter religioso pero, a diferencia de Egipto, debió haber una gran distancia entre la religión y los negocios oficiales por un lado, y las pequeñas empresas y la religiosidad mágica de sus gentes, por otro.

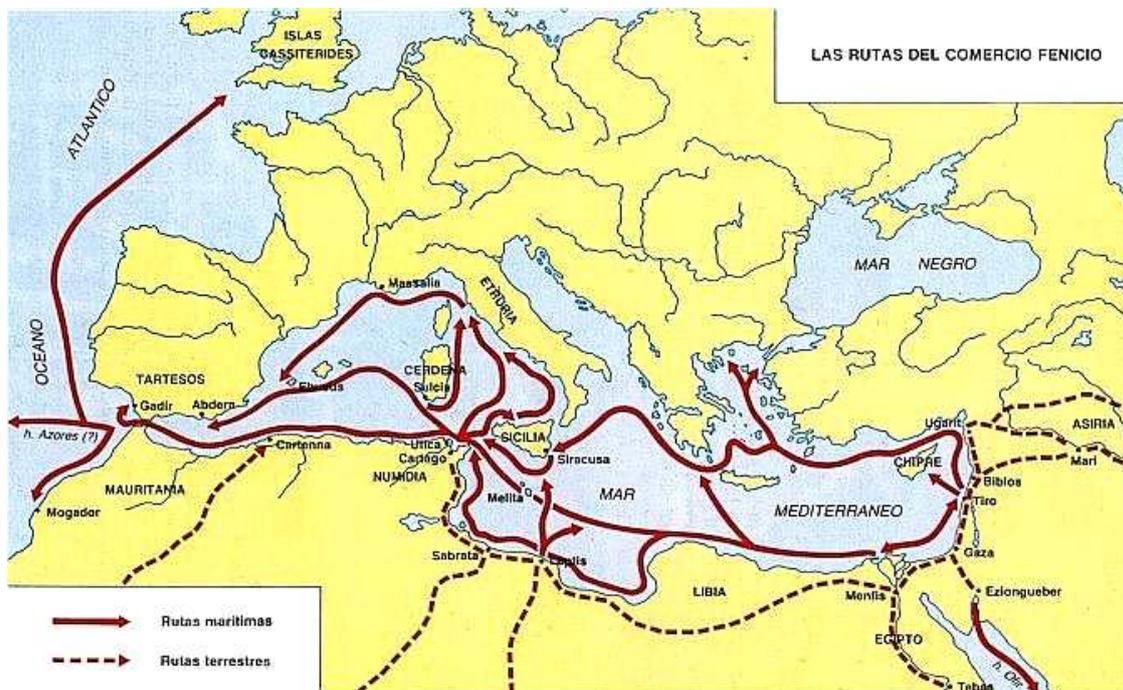
Pese a su deseo de expansión, no parece, en absoluto, que el principal objetivo de los fenicios fuera establecer un importante imperio terrestre. Al contrario, Tiro y otras ciudades fenicias renunciaron incluso a su asentamiento en tierra firme, y prefirieron edificar sus ciudades en islas. Convirtieron al mar en su aliado, en su sistema defensivo y en su medio de subsistencia. Tampoco fue su prioridad establecer un fuerte poder militar, y cuando fueron amenazados por grandes ejércitos terrestres, por lo general negociaron su rendición o huyeron por mar. Por último cuando la amenaza tenía un carácter marino, como ocurrió con el avance de Roma en su choque contra Cartago, se contentaron con proveerse de mercenarios, generalmente extranjeros, para hacer frente a sus empresas bélicas, lo cual demuestra la falta de vocación guerrera de este pueblo.

Los fenicios fueron primordialmente un pueblo de comerciantes y marinos. Las condiciones geográficas de Fenicia obligaban a obtener de otros su sustento, pues apenas tenían terreno apto para el cultivo de cereales. Algo más desarrollada estaba la ganadería (incluso llegaron a criar avestruces, de los que vendían sus huevos finamente decorados), pero sobre todo supieron sacar partido de los bosques de cedro, intercambiando su excelente madera (el cedro puede alcanzar 40 metros de altura y 3 de diámetro) con Egipto o Mesopotamia donde la necesitaban para la construcción de palacios y barcos. Le siguieron otros productos de lujo como la púrpura, tinte obtenido del molusco múrex, abundante en sus costas, o el vidrio, conseguido al fundir las arenas silíceas de sus costas. Si no fueron los descubridores de estas técnicas (puesto que en la antigua Ugarit se conocía el uso de la púrpura y en Mesopotamia y Egipto ya se había trabajado la cerámica vidriada), sí fueron sus perfeccionadores y difusores, como harían con otros avances técnicos y culturales.

Además de sus propios productos, los fenicios comerciaron con todos los que obtenían de otros países a los que llegaban. Su principio era obtener lo abundante de una región y llevarlo allí donde fuera escaso, así como intercambiar productos de lujo, de gran valor y poco peso, por alimentos y otros productos de primera necesidad. Madera, piedra, metales, esclavos,... cualquier cosa podía ser útil para su comercio; sin embargo, muy pronto rentabilizaron sus viajes a larga distancia, especializándose en el transporte de objetos de poco peso y mucho valor añadido: tejidos, cerámica, vidrio, joyas,...

Hasta la invención de la moneda (de la que no fueron sus inventores pero sí sus difusores) utilizaron el trueque. Los historiadores griegos cuentan que depositaban en una playa sus mercancías y se alejaban con sus barcos a una distancia prudencial. Convocaban a los lugareños con hogueras y una gran columna de humo. Éstos depositaban objetos, materias primas, metales,... por un valor que consideraban equivalente. Los fenicios volvían después y si les interesaba lo recogían y si no volvían

a distanciarse hasta que lo ofrecido les compensaba. El sistema, aparentemente simple, demuestra que los fenicios poseían un gran conocimiento de la psicología de los pueblos rivereños, del mercado y que conocían la necesidad de asumir riesgos y tener espíritu de iniciativa para realizar cualquier negocio. Poco a poco establecían pequeñas agencias comerciales, nada aparatosas, sino más bien de aspecto humilde, pero muy lucrativas, y a veces fundaban colonias, para dar salida a su expansión demográfica o por cuestiones políticas, pues la disidencia con los monarcas no debía ser infrecuente.



Para crear la primera red comercial en todo el Mediterráneo, además de controlar un buen número de puertos, pasos y enclaves estratégicos (como Chipre, Malta o el estrecho de Gibraltar), los fenicios contaron con una numerosísima flota de barcos mercantes que, como los cretenses y a diferencia de las bateas egipcias, disponían de quilla, un invento sin duda transmitido por los pueblos del mar cuando invadieron Canaán. La quilla permite no sólo la navegación de cabotaje, que los fenicios preferían, sino que podían adentrarse en alta mar, lo que era imprescindible, sobre todo, en el Mediterráneo occidental, donde las distancias entre costas e islas son mayores. El buque mercante fenicio tenía unas proporciones (20 x 6 metros) que le daban un aspecto rechoncho y algo panzudo (los griegos denominaban a estas naves “bañeras”) pero que le daban gran estabilidad en el mar y gran capacidad de transporte en sus bodegas. Disponían de una gran vela cuadrada, podían llevar dos filas de remeros, una popa redondeada con dos timones y una proa que a veces tenía esculpido un animal, generalmente un caballo (caballo era otro de los nombres griegos para designar a los barcos fenicios). Llevaban pintados dos grandes ojos en la proa para que la nave “viera” su camino en el mar y para atemorizar a sus enemigos. Muchos estaban contruidos en serie, con tablonés desmontables, con una capa de plomo en cubierta y perfectamente calafateados con pez.

El dominio de los mares que pronto consiguieron les llevó a entrar en competencia con otros pueblos, particularmente con los griegos y, más tarde, con los romanos. Tal vez por estas razones buscaron nuevas rutas para su comercio más allá del Mediterráneo,

hacia el Mar Rojo y el Índico, donde comerciaron, en colaboración con el reino de Israel, con el país de Ofir (que unos sitúan en el Golfo Pérsico y otros cerca de Yemen o Abisinia). Hacia el -600, al servicio del faraón Neco de Egipto, se lanzaron a la circunnavegación de África, al parecer con éxito, si consideramos las observaciones que hace Herodoto sobre el viaje: duda de lo que indicaron los navegantes, que el sol salía por la derecha y se ponía por la izquierda, es decir, que viajaron al sur del Ecuador, lo que para nosotros puede suponer una prueba de que efectivamente lo hicieron. En otoño sembraban y esperaban la cosecha para lanzarse al mar, y de esta forma pudieron completar su periplo africano en tres años.

En el siglo V a. C. se adentraron en el Atlántico, en varias expediciones, dos de ellas bastante bien documentadas, la de Hannón que llegó, con 60 naves y 3000 tripulantes, a las costas de Camerún en busca de oro (idéntico objetivo perseguía la legendaria expedición terrestre de Magón a través del Sáhara), y la de Himilcón, que llegó a las islas británicas intentando localizar las minas de estaño de las islas *Casitérides*. No obstante, reducir los objetivos de los fenicios a una simple cuestión económica tal vez sea acceder sólo a una parte de la verdad. En la mente de muchos tirios, sidonios y cartagineses los viajes a occidente tenían algo de religiosos: la búsqueda de la morada del sol (Baal) más allá de poniente.

Además, para mantener su supremacía naval se vieron obligados a construir una marina de guerra que protegiera sus barcos mercantes y resolviera los importantes compromisos bélicos que pronto se presentaron. Aunque existieron buques mercantes parcialmente adaptados para la guerra (más filas de remeros, espolón de proa), fue más eficaz preparar naves especializadas. Más alargadas, a las dos filas iniciales se fueron sumando remeros (trirremes) hasta llegar a las cinco filas en diferentes niveles. Con ello se conseguía una mayor velocidad, que servía para embestir a las naves enemigas y hundirlas con el espolón. La tripulación siempre era fenicia, pero los soldados y remeros podían ser y lo eran frecuentemente, mercenarios extranjeros. Cuentan las crónicas latinas que los romanos capturaron un barco fenicio y que, a partir del patrón proporcionado por la colocación de sus tablones, construyeron en un tiempo record, siguiendo los procedimientos de construcción naval en serie de los fenicios, una armada que les permitió vencer en la Primera Guerra Púnica.

Por último, aunque se atribuye su invención al rey Gyges de Lidia, a comienzos del siglo VII a. C., fueron los fenicios los primeros que, a partir de -450, usaron la moneda en gran escala, aumentando drásticamente la capacidad de atesorar riquezas, de facilitar los intercambios y universalizarlos de forma espectacular en todo el Mediterráneo.

La razón de los “inventos” fenicios hay que buscarla en el sentido práctico que caracterizó a este pueblo de comerciantes. La mayor parte, como hemos visto, no son inventos propios, pero ellos tuvieron la perspicacia para conocer el valor de una buena idea y el espíritu empresarial necesario para difundirla y explotarla. Una de las dificultades para el estudio de los fenicios es que en sus yacimientos encontramos piezas de las demás civilizaciones, mientras que las suyas propias destacan más por su utilidad, especialmente en el caso de la cerámica, que por su belleza u originalidad; no tenían inconveniente en comprar cerámicas griegas, por ejemplo, y las prefirieron a las propias siempre que podían.

La cultura y la religión fenicias

Más trascendencia que los inventos citados anteriormente la tuvo uno que usualmente se atribuye a los fenicios, aunque ya se citaron antecedentes menos conocidos que apenas tuvieron difusión: nos referimos al alfabeto, es decir, un sistema para representar los fonemas de las palabras pronunciadas, lo que simplificaba el sistema silábico cretense. El alfabeto, o alefato sería mejor decir, pues *aleph* es su primera letra, era fácil de aprender. *Aleph* significaba vaca, y tenía la forma de una cabeza de vaca. *Beth* es casa, e intenta representarla, y así sucesivamente. El espíritu práctico de los fenicios se mostró en el alfabeto de varias formas: se trataba de un instrumento sencillo (22 signos consonánticos al que después se añadieron vocales) para llevar la contabilidad, por ejemplo, de un pequeño comercio, para escribir contratos multilingües sin acudir a costosos escribas, y para facilitar el aprendizaje de los rudimentos de otros idiomas, tan necesarios para los mercaderes.

Esto nos da una idea más del carácter multinacional de las empresas fenicias, de su apertura mental. En las ciudades fenicias convivían numerosas nacionalidades, y muchas se enriquecieron con este contacto. El alfabeto llegó a los griegos y a otros pueblos hacia el siglo VIII procedente de los fenicios, junto con otras muchas técnicas, lo que contribuyó a que Grecia fuera saliendo de su llamada “época oscura”. Pronto, los griegos se lanzaron a la colonización del Mediterráneo hasta convertirse en los principales rivales de los fenicios. La victoria cartaginesa de Alalia en –535 interrumpe el contacto de los griegos con sus colonias occidentales. Los fenicios apoyarán con su marina a los persas en sus combates contra Grecia, y al final los griegos, con Alejandro al frente, someterán las ciudades fenicias y conquistarán y destruirán Tiro en –332.

No obstante, el choque de culturas no fue lo dominante a lo largo del milenio de contactos que vivió el Mediterráneo antes de nuestra era, sino que el intercambio y la influencia mutua fue lo habitual. Gracias a ello conocemos mejor a los fenicios, pues en su suelo natal apenas si se han encontrado documentos escritos. Aparte de las inscripciones en piedra o en arcilla, lo habitual era escribir en papiro, que desgraciadamente no ha resistido el paso del tiempo: la humedad del mar a lo largo de los siglos ha hecho desaparecer bibliotecas enteras. A veces, nuestro desconocimiento lleva a cubrir con un halo de misterio las especulaciones sobre algunas civilizaciones, y la fenicia ha sido una de ellas. Pero los fenicios no hicieron secreto de casi nada: comerciaban publicitando al máximo sus productos, se mezclaban, se abrían sin timidez a los extranjeros seguros de su ventaja. Si guardaron reservas sobre sus descubrimientos o sus viajes de exploración era por razones muy justificables desde el punto de vista económico.

La mayoría de los testimonios sobre ellos proviene de otras culturas como la egipcia, la mesopotámica, la hebrea o la griega, y no siempre sus comentarios son favorables. Los griegos los consideraban ladrones, piratas y secuestradores. Aunque jugaran limpiamente en su comercio, y casi siempre lo hicieron, siguiendo estrictos criterios de rentabilidad a largo plazo, el desprecio de muchos de estos pueblos hacia la actividad comercial dejaba a los fenicios siempre en mal lugar. Se decía que sus ciudades apestaban (sin duda el mal olor era debido a la extracción de la púrpura y a las labores de los tintoreros), que lo invadían todo con su presencia y sus mediocres productos; su costumbre de ir descalzos, muy útil por lo general en los barcos, le hacía parecer unos pordioseros, pese a las riquezas que atesoraban. Sus casas tenían pocos muebles, una

estera, varias banquetas y un cofre para la ropa que al morir servía como ataúd. No tenían día de descanso semanal, y tan solo se hacía fiesta el día de luna nueva, al comenzar cada mes lunar, quizás herencia de sus antiguas tradiciones pastoriles.

Pero fueron sus creencias y sus ritos religiosos los que hacían incompatible su cultura con la mentalidad de otros pueblos. No era por su panteón: sus dioses principales eran similares a los de otras grandes culturas vecinas, pues básicamente sus deidades más importantes componían una tríada (*Baal*, dios solar, *Astarté*, diosa de la fecundidad y el amor, y *Melqart*, el héroe luchador que nace y muere anualmente), siguiendo el modelo egipcio *Osiris – Isis – Horus*, o el babilónico *Shamash – Istar – Marduk*. No obstante, cada ciudad los denominaba de forma diferente (*Baal* se denominaría *El* en Biblos, *Astarté* será *Ba'alat* en Biblos y *Tanit* en Cartago, *Melqart* será *Eshmun* en Sidón y *Adonis* en Biblos que terminará identificándose con el griego *Heracles*, etc.). Además, entre sus dioses menores admitieron divinidades extranjeras, como corresponde a su cultura cosmopolita, y contribuyeron con su grano de arena en la tradición popular para que fuera admitido más tarde el culto cristiano (con su idea de la Trinidad y el culto a la virgen María).

Sin embargo, muchos de sus vecinos no aceptaron sus costumbres religiosas. Para los israelitas, por ejemplo, fue un verdadero escándalo la existencia de la prostitución en los templos de *Astarté*. Algunos de estos templos, como los de Chipre o Capadocia, llegaban a tener hasta 6000 sacerdotisas-prostitutas; estaba bien visto que los marinos contrataran y pagaran sus servicios al tempo, que obtenía así pingües beneficios. En otros textos se matiza esta costumbre: al parecer todas las mujeres debían servir, al menos una vez en la vida, como prostitutas en los templos, en los que se ofrecía, incluso, la virginidad, si bien las hermosas cumplían con su obligación rápidamente, pues pronto eran elegidas, mientras las menos agraciadas podían pasar meses y años en el templo. También existía en menor medida la prostitución masculina. Las ceremonias orgiásticas colectivas, tan del agrado de los tirios, fueron menos frecuentes en el período cartaginés y aunque se mantuvieron hasta la llegada del cristianismo, fueron después denigradas. También era un monopolio del templo la música, pues no estaba permitida la música profana. Todo ello nos permite comprender el enorme poder de los sumos sacerdotes, que en algunos casos, los llamados *sufetes* o “jueces”, llegaron a detentar el poder político.

Más criticado aún era el rito del sacrificio de niños destinados a “Molock”, una imagen con un mecanismo que lanzaba a los pequeños hacia una hoguera. “Molock” significa simplemente “sacrificio”, que iba destinado en realidad a *Baal* o *Melqart*. Se han encontrado en Cartago, Motya en Sicilia, Monte Siria, Bitia, Sulcis, y otros lugares de Cerdeña, junto a testimonios de su existencia en la propia fenicia, numerosos recintos denominados *tofets* destinados a estos sacrificios. En algunos de ellos, como el de Salambó de Cartago, se han podido contabilizar los restos de 20.000 niños de hasta 12 años, aunque mayoritariamente eran menores de dos años que primero eran degollados y después calcinados. Estos sacrificios eran especialmente numerosos en épocas bélicas, de asedios importantes, escasez de alimentos o superpoblación, algo que no era excepcional: Cartago tenía fama de ciudad superpoblada y abigarrada, con edificios de hasta seis pisos, según relata Apiano. No obstante, se acostumbraba cambiar estos sacrificios humanos por “sustitutos”, aves u otros animales, como el resto de religiones de la época, que tampoco olvidaban sus orígenes, similares a los fenicios. Aparentemente, el sacrificio era un acto de desprendimiento religioso y extraño patriotismo (los generales derrotados se autoarrojaban al fuego), pues incluso las clases

altas sacrificaban a sus hijos, pero no lo es tanto si pensamos que era frecuente comprar los hijos a las familias de las clases bajas para luego sacrificarlos.

Pese a la repugnancia que causan estos cultos en la actualidad, la religión fenicia fue muy atractiva en la época, sobre todo por sus multitudinarias fiestas dedicadas a Adonis o a Melqart. El mismo Salomón, famoso por su sabiduría, terminó sus días dando culto a Astarté, según se indica en los textos bíblicos (I Reyes, XI, 5-7 y 33), que añaden que fue por influencia de alguna de sus numerosas mujeres, una de las cuales era hija del rey de Tiro Hiram, con quien tuvo estrechas relaciones comerciales, que fomentaron la riqueza de Israel y la construcción del famoso templo de Jerusalén, cuya madera, parte de su mano de obra y arquitectos procedían de Fenicia.

En todo caso, su religiosidad, nada incompatible con los negocios, pasó a integrarse en ese mundo mediterráneo en el que Grecia, Roma, el cristianismo y el Islam formaron sus caracteres culturales.

La caída de Fenicia y de Cartago

La relación entre las ciudades fenicias y las griegas nunca fueron buenas, aunque la mitología sitúa a Cadmos, hermano de Europa e hija de Agenor, rey de Tiro, como el fundador de Tebas, a quien los griegos atribuían gran parte de su saber original. El cierre de la actividad colonizadora griega en Occidente fue obra de Cartago. La armada fenicia fue el principal apoyo que tuvieron los persas en su gran campaña contra Grecia (las guerras médicas). Los fenicios y cartagineses protagonizaron el hostigamiento a las colonias helénicas en el norte de África en torno a Cirene. Todos ellos son ultrajes que los griegos no olvidaron. Su revancha será completa cuando Alejandro Magno someta en su marcha victoriosa por Oriente a todas las ciudades fenicias. La mayoría se rindieron sin resistencia. Tiro no aceptó las condiciones del conquistador, segura en su posición insular, en su superioridad naval, en la posibilidad de abastecerse de alimentos por mar y de agua dulce potable extraída del fondo marino con ingeniosos medios. Pero Alejandro resolvió su problema militar de la misma forma que resolvería la cuestión del nudo gordiano egipcio. Construyó un enorme dique que privó a Tiro de su insularidad. Los 2.000 hombres que no habían abandonado en barco la ciudad fueron crucificados. Ancianos, mujeres y niños fueron vendidos como esclavos. Con ello terminaría la historia de una fenicia independiente, pues a partir de ese momento la encontramos integrada dentro del floreciente mundo helenístico.

La principal colonia de Tiro, Cartago, pronto comenzaría a tener problemas para mantener su hegemonía en el Mediterráneo occidental. Los tratados con Roma fueron ineficaces para evitar las guerras que concluyeron tras la derrota de Zama (-202) y la destrucción final de Cartago en -146. La vieja alianza de los fenicios con el mar, que les hacía invencibles, se había roto. Fueron derrotados cuando Aníbal optó por la estrategia bélica terrestre, pese a la apariencia temible de su ejército de elefantes: nada podían hacer contra una Roma que ya dominaba los mares. Estos conflictos habían convertido al Mediterráneo en un lugar de enfrentamiento, hasta que Roma consiguió la vuelta a la convivencia pacífica, una alternancia que parece un destino de este mar y una metáfora de la disyuntiva a la que estamos abocados en los últimos tiempos: o diálogo Norte-Sur o choque de civilizaciones.

BIBLIOGRAFÍA

Aubet Semmler, María Eugenia (1994): *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Barcelona, Crítica.

Bernal, Martín (1993): *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*. Barcelona, Crítica.

Blázquez, J.M., Alvar, J. y Wagner, C.G. (1999): *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid, Cátedra.

Fantar, M'hammed Hassine (1999): *Los fenicios en el Mediterráneo*. Barcelona, Icaria.

Gras, Michel (1991): *El universo fenicio*. Madrid, Mondadori.

Harden, Donald (1987): *Los fenicios*. Barcelona, Orbis.

Herm, Gerhard (1976): *Los fenicios. El imperio de la púrpura en la Antigüedad*. Barcelona, Destino.

Huss, Werner (2001): *Cartago*. Madrid, Acento.

Lara Peinado, Federico (1990): *Así vivían los fenicios*. Madrid, Anaya.

López Castro, José Luis (1995): *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana (206 a.C.-96 d.C.)*. Barcelona, Crítica.

Mazel, Jean (1976): *El secreto de los fenicios*. Barcelona, Bruguera.

Pardo Mata, Pilar (2002): *Mediterráneo: Fenicia, Grecia y Roma*. Madrid, Sílex.

Vázquez Hoys, Ana M^a (2004): *Historia del mundo antiguo*. Volumen II – Próximo Oriente y Egipto. Madrid, Editorial Sanz y Torres.

Vich Sáez, Sergi (2005): "Fenicios". En *Historia y Vida*, nº 444, marzo 2005, pp. 27-49.

Wagner, Carlos G. (1989): *Los fenicios*. Madrid, Akal.